

Senderos de gloria

Stanley Kubrick. EEUU 1957. 86 min. ByN. v.o.s.e.



FICHA TÉCNICA

Título original: *Paths of Glory*.

Título español: *Senderos de gloria*.

País: Estados Unidos. **Año:** 1957.

Director: Stanley Kubrick.

Guión: Stanley Kubrick, Calder Willingham, Jim Thompson (Novela: Humphrey Cobb).

Producción: Bryna Productions.

Productor: James B. Harris, Kirk Douglas, Stanley Kubrick.

Fotografía: Georg Krause.

Montaje: Eva Kroll.

Música: Gerald Fried.

Sonido: Martin Müller.

Dirección artística: Ludwig Reiber.

Vestuario: Ilse Dubois.

Maquillaje: Arthur Schramm.

Intérpretes: Kirk Douglas, Ralph Meeker, Adolphe Menjou, George MacReady, Wayne Morris, Richard Anderson, Joseph Turkel, Timothy Carey, Peter Capell, Susanne Christian, Bert Freed, Emile Meyer.

Duración: 86 min. **Versión:** v.o.s.e. ByN.

SINOPSIS

En la Francia de 1916, durante la Primera Guerra Mundial, el general Boulard ordena la captura de una inexpugnable posición alemana y encarga esta tarea al ambicioso general Mireau. Éste, a su vez, ordena al coronel Dax que encabece el ataque. La toma de la colina resulta un infierno, y el regimiento regresa a sus posiciones. El alto mando militar, irritado por la derrota, decide castigar y dar ejemplo a los soldados.

COMENTARIO

Desde *Fear and Desire* hasta *La chaqueta metálica*, pasando por *Senderos de gloria*, *Espartaco* y *¿Teléfono Rojo? Volamos hacia Moscú*, la filmografía de Kubrick se detiene pues, periódicamente, en la relación sobre la guerra, ocasionalmente referida a situaciones históricas concretas –la primera guerra mundial, Vietnam– pero esencialmente analizada en abstracto, tal como ya apuntaba su “opera prima”, y referida –como el resto de sus films– al estudio del hombre enfrentado a una situación al límite. En eso caso de *Senderos de gloria*, la identificación de los personajes con el ejército francés es inequívoca, pero a Kubrick no le interesa tanto la denuncia de un caso concreto sino el análisis que de él se infiere sobre el funcionamiento de unos determinados mecanismos de poder. Sin caer en análisis rígidamente marxista que Francesco Rosi plantearía en *Hombre* contra la guerra para ilustrar la guerra como conflicto de clases, el cineasta americano inserta a sus personajes dentro de una dinámica regida por efectos de casualidad que les obliga a actuar –enfrentados a un enemigo siempre invisible– a partir de un orden interno estrictamente preestablecido. En ese sentido, los soldados de *Senderos de gloria* viven en una situación parecida a la de los atracadores de *Atraco perfecto*. Unos y otros actúan para huir de la miseria en la que se encuentran, impulsados por el heroísmo en vez de por el dinero. Sin embargo,



los primeros ya no se rigen por las leyes del destino sino que el plan que deben ejecutar ha sido previamente trazado por sus superiores, movidos por unos intereses mucho más prosaicos.

Y entre ambos grupos, el coronel Dax es el perfecto exponente del héroe *kubrickiano*. Como el Johnny Clay de *Atraco perfecto*, el protagonista de *Senderos de gloria* ejerce el mando directo de sus hombres pero, cuando éstos mueren, debe asumir sus propias responsabilidades. Integrando en este personaje al que en la novela ejercía las funciones de defensor en el consejo de guerra, el guión de Kubrick – escrito en colaboración con Calder Wellington y Jim Thompson – reforzaría no sólo su entidad dramática – perfectamente asumida por la composición interpretativa de Kirk Douglas – sino el rasgo culto que le permite citar a Samuel Johnson – “el patriotismo es el último refugio de los canallas” – y anticipar así una referencia respecto al escritor del siglo XVIII a quien William Thackeray – el autor de *Barry Lyndon* – apoda The Great Lexicographer en *La feria de las vanidades*. Pese a sobrevivir al fracaso, como Clay, Dax también ironiza sobre la fatalidad de su destino en una escena final inédita en la novela de Cobb. En el film, el protagonista ha arriesgado tanto su

vida en el asalto como su carrera en el consejo de guerra. También ha mantenido su integridad frente a la corrupción de sus superiores pero al final – por azar, como *Atraco perfecto* – descubre que todo ha sido en vano. Sólo él conserva abiertas unas heridas que sus soldados cicatrizan rápidamente ante el patético espectáculo protagonizado por una muchacha alemana que interpreta una canción con la que aparentemente universaliza el espíritu humano – en una más que probable alusión a *La gran ilusión* de Jean Renoir – antes de que los soldados deban volver al frente.

Por otra parte, a pesar de que el film, en un ejemplar proceso de síntesis, sigue una estricta cronología de los acontecimientos y que la presencia del narrador se halla limitada a una breve introducción histórica inicial, *Senderos de gloria* mantiene una estructura especular equiparable a la de otros films de Kubrick. En este sentido, al realizador refuerza explícitamente los contrastes existentes entre las trincheras de los soldados y el castillo donde residen los generales. En aquel lugar, la cámara efectúa opresivos *travellings* desde la perspectiva de un determinado personaje que otorgará sentidos diametralmente opuestos cuando se trate del general Mireau o del coronel Dax. En el castillo, en cambio, los

movimientos de cámara son laterales y ofrecen una mayor sensación de amplitud, excepto en la secuencia de la ejecución cuando la disposición de las tropas en torno al recorrido de los condenados – avanzando de frente hacia la cámara – reproduce el espacio cerrado de las trincheras. Algo similar sucede con la iluminación cuando procede de fuentes exteriores. En las escenas de la prisión donde están reclusos los condenados, los haces de luz provocan amenazadores contrastes y contraluces mientras en el interior del castillo, los amplios ventanales diluyen la luz entre las blancas paredes. Solo en la escena del consejo de guerra, celebrado en este recinto, Kubrick se permite en reencuadre del fiscal y del defensor mediante las siluetas de los miembros del tribunal – en el primer caso – y de los acusados en el segundo – proyectadas a contraluz. Por último, si en *Atraco perfecto* las debilidades del cajero hacia su mujer se volvían contra el resultado de la operación, algo similar sucede en *Senderos de gloria* respecto al doble juego empleado por el general Mireau y el teniente Roget. El primero pagará la orden de disparar la artillería sobre sus propios hombres con una investigación oficial mientras el segundo – que ha llevado a la muerte a un soldado que es testigo de su propia cobardía – es obligado por Dax a comandar el pelotón de ejecución. De este modo, el pesimismo histórico del que Kubrick hace gala, a través de un personaje – el coronel Dax – que acaba siendo una víctima de la propia realidad contra la que ha pretendido enfrentarse asumiendo causas perdidas, tiene su pequeña compensación en el profundo cinismo desde el que observa los acontecimientos.

Esteve Riambau, *Stanley Kubrick*, ed. Cátedra, Madrid, 1995

